

LA LECTURA: JUEGO Y CONOCIMIENTO

Luis Germán Sierra*

La lectura nace como curiosidad y termina o continúa para toda la vida como algo que no sólo ocupa buena parte de nuestro tiempo, sino que determina nuestro temperamento y nuestra manera de amar. El libro ha sido el acompañante más fiel y el más lúcido en todas las grandes gestas de la humanidad. La diversión que nos proporciona la lectura es la prueba más fehaciente de libertad y por ello el libro ha sido perseguido a través de la historia y el placer de la lectura, cercenado, sin embargo su muerte está muy lejos de ocurrir y cada día nos asombra más con la narración de grandes y lejanas aventuras en el tiempo y por ello será siempre el mejor amigo y el más feliz.

"Ya sea por grupos o individualmente, la vida humana siempre conlleva un diálogo continuo entre lo que podrá ser y lo que es entre lo posible y lo real. Una mezcla sutil de creencia, conocimiento e imaginación conforma ante nuestros ojos la imagen siempre cambiante de lo posible. A esa imagen ajustamos nuestros deseos y nuestros temores. A ese "posible" adecuamos nuestro comportamiento y nuestros actos. En cierto sentido, muchas de las actividades, las artes, las ciencias, las técnicas o la política, no son sino formas específicas, cada una con sus propias reglas, de practicar el juego de lo posible"

*Francois Jacob, en el prólogo a su libro
"El juego de lo posible". Barcelona: Ed. Grijalbo, 1982. --132 p.*

* Auxiliar de la dirección del Dpto. de bibliotecas y coordinador de la sala de exposiciones de la Biblioteca Central de la Universidad de Antioquia; estudios en español y literatura, ha publicado diversos ensayos y poesías en periódicos y revistas.

No estaremos descubriendo nada afirmando que todo aquello que comienza como juego y diversión y que asume luego el carácter de pasión y conciencia, termina siendo, felizmente, producto de investigación y conocimiento. Toda tarea importante de nuestra vida, que merezca mencionarse, ha sufrido ese proceso. Nada nos es dado sin la experiencia y su aventura del sometimiento a la realidad. Aun los sueños no escapan del cotejo. La lectura, pues, no es la excepción de aquello que nace como curiosidad y termina, ya para toda la vida, como algo que no sólo ocupa buena parte de nuestro tiempo, sino que determina hasta nuestro temperamento, nuestra manera de amar.

El libro ha sido el acompañante más fiel y también el más lúcido en todas las grandes gestas de la humanidad. Por demás está decir que ésta tiene una historia que contar antes de la invención del libro, es decir, de la imprenta, y otra después de ella.

Se habla, naturalmente, de la distribución popular del libro que llegó con la invención de la imprenta en la primera mitad del siglo XV, porque el libro como publicación de obras lo habían ya realizado los griegos con Homero, por ejemplo, 400 años A.C., en rollos de papiro. Esto hizo decir al humanista vienés Karl Popper¹ quien escribió un bello ensayo sobre el asunto, que "¡Homero se convirtió en la primera diversión pública conocida!", Luego dirá: "Este hecho (su publicación en libros) convirtió a Homero no sólo en la biblia de Atenas, sino en el primer instrumento de educación, el primer abecedario, el primer silabario, la primera novela. Y convirtió a los atenienses en ilustrados".

La diversión que nos proporciona la lectura, el regocijo que nos embarga ante la presencia silenciosa y delicada del libro que hemos anhelado, es la prueba más fehaciente de libertad. Ella está en el inicio y en el final de ese acto voluntario que enrumba su camino hacia los horizontes del conocimiento de nosotros mismos y, por lo tanto, del mundo. Esto está avalado por ciertas épocas de la historia, en que algunos remedos de hombres en el poder han prohibido, por decreto y a la fuerza, la lectura de ciertos autores (lo cual ha sucedido de principio a fin desde la aparición del libro), o de ciertos géneros, como el caso de la novela en la era medieval, por haber aparecido como sinónimo de ficción, de invención, de "mentira". Las razones han sido múltiples: políticas, religiosas, morales, o esa elemental de la imaginación: si un pueblo no juega, no se divierte, no imagina, tampoco es capaz de crear,

de conocer más allá de su pobre entorno, entonces su sometimiento está asegurado.

Esa puja, aunque ha sido vencida justamente por el prodigio de la imaginación y los francos avances de la democracia, aún pervive en casos que tienen más que ver con extravagantes lunares de ortodoxia religiosa o de crasa ignorancia que conllevan a moralismos o supuestas salvaguardias del lenguaje, como ocurrió recientemente en alguna pequeña escuela de nuestro país donde fue prohibido García Marquez por "vulgar y obsceno".

Es la misma pugna que ha existido siempre entre el sueño y la razón. Hasta nuestros oídos llegan todavía las palabras de Francisco de Goya ante la persecución atroz de la Inquisición a toda expresión del arte popular: "Los sueños de la razón producen monstruos". Pero esa pugna no está regida sólo por regímenes dictatoriales, censuras eclesiásticas o ignorancias desaprensivas. En la dictadura de nuevo cuño contemporáneo que es la tecnología irreflexiva, estamos frente a un fenómeno tan atrofiante y entorpecedor como el peor de los que hemos mencionado. No pretende aquí indagar en los meandros de esa ciencia que también me parece maravillosa, sino llamar la atención, como muchos lo han hecho



ya, en que la digestión abrupta de ese exquisito plato de la tecnología, pueda estar confirmando aquellas palabras de Goya. Estoy pensando, cuando digo esto, en el "afán práctico" que de continuo estamos presenciando en la sociedad actual, que busca la productividad a toda costa y que en no pocas ocasiones está matando o por lo menos omitiendo el placer de la lectura como una posibilidad enorme de usar el tiempo libre, que a la par proporciona conocimiento, capacidad de pensamiento y, por lo tanto, hombres con el recurso invaluable de la autodeterminación y la libertad. Gracias a los medios de información, a sus impresionantes avances tecnológicos, el mundo es cada vez más pequeño, es cada vez más una aldea. Por esto tenemos que alegrarnos, naturalmente, pero tenemos que hacerlo con reserva. A esa reserva yo la llamo curiosidad. La condición de saber, casi al unísono, lo que ahora ocurre en algún lugar remoto del planeta, Groenlandia por ejemplo, ¿no me coloca bajo el peligro de conformarme con la información simplista, llamémosla turística, que me da la T.V. o el video o alguna exquisita revista comercial, perdiendo así aquel otro estímulo sin igual que me provoca la curiosidad?. Sus cantores, sus comidas, sus poetas, las costumbres más humildes que revelan de verdad la condición humana de un pueblo, muy difícilmente llegan a través de un video que se vende en dólares. Ese conformismo, pues, mata realmente la posibilidad del relato, de la conversación próxima y calurosa con esos desconocidos que puedo llegar a querer. La posibilidad de la literatura, que sólo proporciona la curiosidad.

Los avances de la tecnología editorial han llevado a Colombia a ocupar un lugar preponderante en la producción de libros en el ámbito internacional. Paradójicamente, sin embargo, la cantidad y la calidad de lectores en nuestro país no sólo no aumenta sino que decrece con los años. La producción de libros, entonces, se asume sólo como un negocio que, implícito a la tradición de ese término, carece de los ingredientes amorosos y sinceros que harían de ese producto un objeto bello y agradable, un verdadero compañero que nos ayude a soportar la tortuosa realidad. El libro se aleja de nosotros como ese cosmos de sueños donde es posible ir a vivir de a ratos, turnando las obligaciones de la rutina y las tareas cotidianas con el universo de la fantasía y los sueños. En ese cotejo no hay todavía vencedores ni vencidos, es verdad, pero estamos ante el peligro inminente de que la economía y la tecnología (no serán lo mismo?) se lo coman todo y que las nuevas generaciones despierten ante el libro como ante un objeto de museo a donde sólo unos pocos

ociosos van para reirse de lo que hacían sus antepasados. La muerte del libro, sin embargo, está muy lejos de ocurrir. El hombre siempre requerirá de ese placer irremplazable que le proporciona el conocimiento de lugares y seres extraños a él, que se entretajan en tramas que, poco a poco, van configurando su propia vida y, como ante un espejo, el libro refleja su rostro y el de sus amigos, y el de sus muertos y el de sus sueños, y el de sus fantasmas. El libro es un milagro. ¿No es emocionante saber que entre nosotros vive un caballero andante del siglo

XVI, romántico, idealista, guerrero por la justicia, loco de amor por una mujer que también amamos, acompañado por un amigo leal e inseparable que constantemente nos da lecciones de humildad y de buen humor? ¿No es emocionante saber que toda esta vida de caballeros y pastores, de amores imposibles pero hermosos fue imaginada por un hombre del siglo XVI sólo por divertirse y que, pese a los años, esa historia vive aún entre nosotros, vital, fresca, enseñándonos en cada nueva lectura los prodigios insospechados de la ironía, el humor y el conocimiento de un lenguaje poderoso que campea entre los hombres y mujeres de su siglo y el niño que a esta hora, muy cerca de aquí, lanza su primer berrido de victoria por la vida? Es el milagro del libro y la fiesta de la lectura. "Macondo queda en Alemania", le decía alguna vez una anciana de ese país a García Marquez en una carta que le envió a su casa en México. Sólo la imaginación, la poesía y un conocimiento justo de los hombres pueden hacer de un lugar todos los lugares, de un hombre, todos los hombres, de un amor, todos los amores. El escritor posee ese conocimiento férreo y esa voluntad indoblegable de transformar la realidad en una y en mil páginas, sólo para que los hombres seámos mejores y el mundo un lugar habitable. A través de la poesía, lenguaje íntimo y sincero de todos los hombres, de todas las cosas, de toda la naturaleza y de todo el cielo que perciben su presencia sobre la tierra, el escritor inaugura el juego de lo posible. Transmuta la curiosidad en conocimiento y hace de los materiales que lo rodean, seres vivos que se mueven y danzan al compás de la música inagotable de las palabras. La novela, el cuento, el

The Book Society



Ex Libris

poema, el ensayo, la conversación y todo el arte que se transforma en celebración, son los dones inapreciables que acercan a los hombres con los dioses.

Un hombre se salva de las procelosas aguas de las rutinas de su vida o desciende a los abismos de imprevistos infiernos, en el acto voluntario de la lectura, sentado en la mejor butaca de su casa, con un libro entre las manos y los pies elevados casi al techo, en una posición que ni siquiera Dios imaginó cuando nos echó al mundo sólo a trabajar.

Cortázar² dijo alguna vez que un libro era el único lugar de la casa donde podía estar tranquilo. En uno de sus cuentos, sin embargo, el lector de una novela encuentra la muerte, cómodamente arrellanado frente al parque de los robles a manos de un asesino que se acerca por la espalda y apuñala al lector de una novela, cómodamente arrellanado frente al parque de los robles. Metáfora cíclica del lector, ese cuento ("Continuidad de los parques") nos advierte de la patética aventura de la lectura. Esa tranquilidad es relativa, porque en el momento en el que nos abandonamos al libro, en él el mundo se abre con todos sus riesgos y todos sus anhelos, con todas sus alegrías y todas sus derrotas, con toda su miseria y toda su grandeza. Allí vamos de bruces a la lucha por la felicidad, en un tinglado que a veces supera el de la realidad. En un juego que se parece, quizás, a un reto con Dios. Allí estamos frente a un creador que imagina personajes y escenarios, hombres y mujeres, árboles y cielos, amores y destierros, jardines y desiertos.

Un creador que imagina su propio mundo, su realidad aparte, y con ella, muchas veces se asemeja a Dios, o lo supera por ese prodigioso de la imaginación. El lector es arte y parte del mundo creado por el escritor y éste a su vez es creación de su lector. Están hechos el uno para el otro y el mundo sería impensable sin alguno de los dos. Un juego de espejos móviles intercede esa relación, amorosa y trágica al mismo tiempo. El rostro del autor en manos de su lector, paulatinamente, a medida que las páginas se suceden, se va transformando en mil rostros, en todos los rostros, pierde su identidad y ahora no interesa porque son los mismos rostros del lector. Mutuamente se consumen y se inventan. El espejo se rompe sólo como un truco porque siempre aparece uno nuevo que comporta, al igual, otro sueño. Terminamos el libro y estamos metamorfoseados por aquella operación invisible de la escritura. Ahora miramos hacia un cielo más vasto, porque ahora tenemos más palabras.

Memoria y libro son sinónimos, como quería Borges y como Cervantes, sin quererlo, lo ha dicho durante 376 años. Los ángeles de la gran biblioteca de los hombres que consuman a diario y en todas las lenguas de la tierra el juego de lo posible.

Atrás ha quedado en el tiempo, pero aún pervive en mi memoria, ese niño iletrado que se asombró una tarde ante una página escrita, con sus letras movidas por la lluvia y se preguntó curioso ¿qué podría decir ese papel abandonado, quién tendría la rica facultad de escribir palabras y, sobre todo, cuánto tardaría el espléndido día en que él mismo fuera capaz, por sus propios medios de escribir páginas así y, mejor que eso, de leerlas?. Ahora ese niño posee la felicidad de la lectura y también de la escritura, pero nunca ha podido despojarse del asombro, por más que se hizo hombre y a lo largo de su vida los libros corren por sus manos como inquietas y brinconas ardillas. Ese niño se frota las manos de contento cada vez que tomo entre mis manos el libro anhelado y por eso sé, por eso estoy seguro que él siempre será mi mejor amigo. Es él quien posee el asombro y la curiosidad. El es más feliz que yo.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. Popper, Karl. Los libros y el milagro de la democracia.//En: Revista Gaceta del Fondo de Cultura Económica. --México-- No. 249 (Septiembre 1991); 44-47 p.
2. Cortázar, Julio. El perseguidor y otros relatos. --Barcelona: Editorial Bruguera, 1980. --348 p.